

— Explicaos, dijo el rey.

— Quisiera ser médico de cámara, contestó Gilberto; á nadie hago perjuicio con esto; es un empleo meramente de honor y de confianza, no de brillantez.

— Concedido, dijo el rey. Adios, señor Gilberto. ¡ Ah! una cosa: expresiones á Mr. Necker. Adios.

Y despues al salir Gilberto;

— ¡ Que me traigan de cenar! dijo en alta voz Luis XVI, á quien ningun suceso del mundo podia hacerle olvidar la cena.

CAPITULO XXV

La cámara de la reina.

Mientras que el rey aprendia de la manera que dejamos dicha á combatir la revolucion siguiendo un curso de ciencias ocultas, la reina, que profesaba otra filosofia mucho mas sólida y profunda, habia reunido en su espaciosa cámara á cuantos se llamaban *sus leales*, sin duda porque aun no habia llegado para ninguno de ellos el momento de demostrar su lealtad, ni siquiera el de ponerla á prueba.

Tambien en aquella régia habitacion se habia referido ya la terrible jornada con todos sus pormenores.

Antes que su mismo esposo, habia sabido la reina todo lo que sucedia, porque la fama de su intrépido carácter, disipó desde luego cualquier recelo en prevenirla de los peligros que la rodeaban.

El acompañamiento de S. M. se componia de generales, cortesanos, sacerdotes y mugeres.

Junto á las puertas de la habitacion, y detrás de los tapices que las cubrían, se agrupaban algunos oficiales jóvenes, cuyo belicoso ardor no veia en las recientes revueltas mas que una ocasion, largo tiempo esperada, de lucir la fuerza de sus armas, delante de la belleza, como en los antiguos torneos.

Familiares ó servidores fieles de la monarquía, habian escuchado todos con atencion las noticias de París, transmitidas por Mr. de Lambesc, quien despues de figurar en

aquellos acontecimientos, habia acudido á Versalles con su regimiento, cubierto todavia con el polvo de las Tullerías, á fin de consolar con la realidad á las gentes medrosas que se exageraban su desgracia, como si de suyo no fuera bastante grande.

La reina estaba sentada junto á una mesa.

No era ya Maria Antonieta la dulce y gallarda desposada, el angel protector de la Francia, á quien vimos aparecerse en los comienzos de esta historia, atravesando las fronteras del Norte con un ramo de oliva en la mano. No era tampoco la princesa linda y donosa, que acompañada de Mad. de Lamballe pasó una noche ante nuestros ojos para entrar en la misteriosa morada de Mesmer, y sentarse con la risa en los labios y la incredulidad en la mente, junto á la cubeta simbólica que habia de proporcionarla una revelacion de lo futuro.

¡ No! era la altiva y resuelta soberana, de arrugado entrecejo y desdeñosos labios; era la muger de cuyo corazon se habia escapado ya gran parte de su amor, recibiendo á cambio de este suave y vivifico sentimiento, las primeras gotas de una hiel que habia de correr revuelta con su sangre.

Era, en fin, la dama representada en el tercer retrato de Versalles: no ya Maria Antonieta, ni siquiera la reina de Francia, sino aquella que se empezaba á designar exclusivamente con el nombre de *la Austriaca*.

Tras ella, se divisaba apenas entre las sombras á una jóven que yacia inmóvil, recostada en los almohadones de un sofá, con la mano sobre la frente.

Era madama de Polignac.

Viendo entrar á Mr. de Lambesc, habia hecho la reina uno de esos ademanes de desesperado júbilo que significan:

— ¡ Por fin, vamos á saberlo todo!

Inclinóse el recién llegado, como implorando la real tolerancia en favor de sus deslustradas botas, su empolvado traje y su maltratado sable, que no habia podido entrar completamente en la vaina.

— ¿Venís directamente de Paris, Mr. de Lambesc? se preguntó la reina.

— Sí, señora.

— ¿Qué hace el pueblo?

— Matar, destruir y quemar.

— ¿Por locura ó por rencor?

— Por ferocidad solamente.

Quedóse la reina meditando, cual si estuviera predispuesta á aceptar la opinion de su interlocutor acerca del pueblo, y luego continuó moviendo la cabeza:

— No, príncipe; el pueblo no es feroz, á lo menos cuando no tiene motivos para ello. Confesádmelo todo. ¿Obra por delirio ó por odio?

— Sí he de ser franco, señora, creo que cede á un odio que llega hasta el delirio.

— Un odio... ¿y á quién? ¡Oh! Vuelta á vuestras vacilaciones. Miradlo bien, príncipe; si contais de esa manera, cuidaré de no dirigirme á vos como lo hago, y enviaré un palafranco á Paris. Basta una hora para ir, otra para enterarse y otra para volver. Dentro de tres horas podrá ese hombre relatarme le ocurrido lisa y llanamente, como un heraldo de Homero.

Al oír esto, se acercó M. de Dreux-Brezé á donde estaba la reina, y dijo sonriéndose:

— Pero, señora, ¿qué le importa á V. M. de los odios, populares? El pueblo puede aborrecer á quien quiera que sea, escepto á su reina.

S. M. no se dignó siquiera darse por entendida de esta lisonja.

— Vamos, vamos, príncipe; repitió dirigiéndose á Lambesc; hablad.

— En buen hora; digo que el pueblo cede á razones de odio.

— ¿Contra mí?

— Contra cuantos le dominan.

— ¡Gracias á Dios! eso es decir la verdad. Conozco que la habeis dicho, añadió resueltamente la reina.

— Señora, soy militar, la replicó el príncipe.

— Bien, bien; pues expresaos como tal. ¿Qué hacemos en este caso?

— Nada, señora.

— ¡Cómo que nada! exclamó la reina, uniéndose al murmullo que estas palabras produjeron en aquella asamblea de cortesanos de casaca bordada y espadas de oro. ¿Con qué nada? ¿Eso decis á la reina de Francia, vos, un príncipe lorenés, cuando vos mismo la confesais que el pueblo está matando, destruyendo y quemando? ¡y no debemos hacer nada!

Nuevos murmullos, aunque de aprobacion esta vez, siguieron á la vehemente réplica de María Antonieta.

La reina vovió la cabeza, y paseando sus miradas de uno á otro lado, buscó entre aquellos ojos centelleantes los que despedían mas fuego, en la persuasion de que denunciaban mayor fidelidad á su persona.

— Nada, he dicho; repitió el príncipe, porque si dejamos á Paris que se calme, él se calmará de seguro. ¿Por qué hemos de concederle el honor de una lucha? ¿para qué hemos de correr sus azares? Estémonos quietos; y dentro de tres dias no habrá un parisiense que se acuerde de lo que ha pasado.

— ¿Pero y la Bastilla, príncipe?

— ¿La Bastilla? Cerraremos las puertas, y los que hayan entrado se quedarán dentro. A eso está reducido todo.

La respuesta de Mr. Lambesc arrancó algunas risas mal reprimidas al silencioso grupo que le oía.

— Idos con tiento, príncipe, replicó la reina, no me infundais ahora una confianza escesiva. Dicho esto, apoyó la barba en la palma de la mano y se acercó pensativa á Mad. de Polignac, la cual permanecía pálida y triste, cual si no viera nada de lo que la rodeaba.

Y en efecto, despues de haber escuchado con evidente terror las noticias de Paris, habíase abandonado la condesa á una meditacion profunda de que solo pudo sacarla la presencia de la reina. Sonrióse entónces, pero aquella

misma sonrisa era pálida y descolorida como una flor moribunda.

— Vamos, condesa, ¿qué nos decis de todo esto? le preguntó María Antonieta.

— ¡Ah! respondió aquella: yo no digo nada.

— ¿Nada?

— No.

Y al dar esta concisa respuesta, Mad. de Polignac meneó la cabeza lentamente, como expresando un evidente desaliento.

— ¡Ea, ea! le replicó la reina en voz baja é inclinándose hasta llegar á su oído: está visto que la amiga Diana tiene mucho miedo.

En seguida prosiguió volviéndose á los circunstantes:

— ¿Dónde anda la intrépida Mad. de Charny? Debía venir para animarnos, que bastante lo necesitamos.

— La condesa, respondió Mad. de Misery, se disponía á salir cuando fueron á buscarla de parte del rey.

— ¿De parte del rey? repitió María Antonieta con distracción.

Entonces solamente advirtió la reina que reinaba en torno suyo un silencio muy singular.

Los acontecimientos inauditos, increíbles, cuyas noticias habian ido llegando sucesivamente á Versalles, habian desalentado en efecto los mas firmes corazones, no tanto quizá por temor, como por el asombro que producian.

Comprendió por fin la reina que urgía vigorizar aquellos ánimos abatidos, y dijo:

— ¿No hay nadie que me aconseje? Bien está. Tomaré consejo de mí misma.

Al oír á su reina se acercaron los cortesanos. María Antonieta prosiguió de esta manera:

— El pueblo no es un ente perverso aunque está estraviado. Si nos profesa odio, es porque no nos conoce, acerquémonos á él.

— Para castigarle, si acaso, dijo una voz: porque ha dudado de sus amos, y la duda es un crimen.

La reina miró hácia donde sonaba la voz y conoció á Mr. de Bezenval.

— ¡Oh señor baron! le dijo entonces: ¿venís por ventura á darnos algun consejo?

— Ya está dado, señora, respondió Bezenval é hizo una inclinacion de cabeza.

— Muy bien, prosiguió la reina: S. M. castigará, pero paternalmente.

— Quien bien te quiera te hará llorar, replicó el baron. La letra con sangre entra. — ¿No opinais como yo, Lambesc? El pueblo ha cometido horribles asesinatos...

— ¡Ay! él los llama represalias, murmuró una voz suave y llena de frescura, situada á espaldas de la reina, la cual se volvió al oírlo.

— Teneis mucha razon, princesa; en eso consiste su error precisamente, y por eso seremos benignos, querida Lamballe.

— Con todo, replicó ésta con timidez; antes de decidir si han de imponerse castigos, convendria, á mi parecer, averiguar si venceremos.

Los circunstantes prorumpieron en un grito universal, como para protestar contra la verdad que acababa de salir de aquella noble boca.

— ¿Vencer? ¿pues y los suizos? dijo uno.

— ¿Y los alemanes? preguntó otro.

— ¿Y los guardias de corps? añadió el tercero.

— ¿Se duda acaso del ejército y de la nobleza? exclamó un jóven que vestia el uniforme de teniente de húsares de Bercheny. ¿Cuándo hemos merecido tanta vergüenza? Ved, señora, que mañana mismo puede S. M., si á bien lo tiene, reunir cuarenta mil hombres, echarlos sobre París, y destruirle. Cuarenta mil hombres de tropas leales, valen por medio millon de parisienses rebeldes.

Probablemente le quedarían todavía al orador muchas razones del mismo jaez que alegar, cuando tropezó con una mirada que la reina le dirigia, y se quedó parado. En efecto, el jóven que así se espresaba, formaba parte de un

grupo de oficiales, y arrastrado por su celo, habia ido mas allá de lo que consentian su grado y la etiqueta.

Detúvose, pues, como dejamos dicho, avergonzado del efecto que involuntariamente habia producido.

Mas ya era tarde. Sus palabras habian llegado á oídos de la reina, que le preguntó bondadosamente:

— ¿Conoceis bien la situacion? señor oficial.

— Sí, señora, contestó él ruborizándose; he estado en los Campos Eliseos.

— Siendo así, no tengais miedo de esplicaros; aproximaos.

Encendido como la grana, salió el jóven de entre los grupos, que se abricron á su paso, y llegó á donde se hallaba la reina.

El príncipe de Lambesc y Mr. de Bezenval, retrocedieron por un movimiento contrario, cual si considerasen rebajada su dignidad con asistir á aquella especie de consejo.

La reina, no obstante, ó no reparó, ó fingió que no reparaba en este incidente.

— ¿Decis, preguntó al oficial, que el rey puede disponer de cuarenta mil hombres?

— Sí, señora.

— ¿En las cercanías de París?

— En San Dionisio, Saint Mandé, Montmartre y Grenelle.

— Dadnos pormenores.

— Mejor que yo pueden hacerlo los señores de Lambesc y Bezenval, señora.

— Proseguid, caballero. Pláceme oírlos de vuestros labios. ¿Quién manda esos cuarenta mil hombres?

— En primer lugar los señores de Bezenval y Lambesc; los mandan tambien los señores príncipe de Condé, Mr. de Narbonne, Esterhazy, y Mr. de Salquenaym.

— ¿Es cierto eso, príncipe? preguntó la reina á Mr. de Lambesc.

— Sí, señora, contestó este haciendo una cortesía.

— En Montmartre, prosiguió el jóven, hay todo un parque de artillería; en seis horas pueden reducirse á ce-

nizas todos los barrios inmediatos. Montmartre debe dar la señal del fuego; respóndale el fuerte de Vincennes; preséntense diez mil hombres por los Campos Eliseos, otros diez mil por la barrera del Infierno, otros tantos por la valle de San Martin, y otros tantos por la Bastilla; oiga París el fuego por sus cuatro puntos cardinales, y no resiste veinte y cuatro horas.

— ¡Ah! eso es hablar con franqueza y presentar un plan completo. ¿Qué os parece, Mr. de Lambesc?

— Paréceme, respondió desdenosamente el príncipe, que el señor teniente de húsares es un general perfecto.

— A lo menos, replicó la reina advirtiéndole que el jóven oficial palidecia de cólera, á lo menos es un soldado que no se desalienta.

— Gracias, señora, le respondió el teniente inclinándose. Ignoro lo que S. M. tendrá á bien resolver, pero le suplico que me incluya en el número de los que están dispuestos á dar la vida por su reina, y créame S. M., en ello no haria yo sino lo que harán los cuarenta mil soldados de que hablo, sin contar por supuesto á nuestros gefes.

Y al pronunciar estas palabras, saludó el jóven cortesmente al príncipe, que en aquel mismo momento casi le habia insultado.

Semejante atencion, sorprendió á la reina, mas todavia que la protesta de adhesion que la habia precedido.

— ¿Cómo os llamis, caballero? le preguntó.

— El baron de Charny, señora; dijo el oficial haciendo otra cortesía.

— ¿De Charny? repitió María Antonieta, y sus mejillas se cubrieron de un imperceptible rubor. ¿Sois pariente quizá del conde de Charny?

— Sí, señora; hermano suyo.

Por tercera vez, y mas profundamente que las anteriores, se inclinó el jóven ante la reina.

— Debí, le respondió esta, recobrándose y paseando en torno suyo una mirada, debí haber conocido á uno de mis mas leales servidores, en cuanto pronunciásteis las prime-

ras palabras. Gracias, baron, pero ¿cómo es esta la primera ocasion en que venis á la corte?

— Mi hermano mayor, señora, que hace conmigo las veces de padre, ha dispuesto que permanezca en el regimiento, y así es, que solo he venido dos veces á Versalles, en los siete años pasados, desde que tuve el honor de entrar al servicio de S. M.

María Antonieta fijó una profunda mirada en el rostro del jóven oficial, y le contestó:

— Sois parecido á vuestro hermano. Cuidaré de reconocerle, por haber permitido que os presenteis vos mismo en la corte.

En seguida, aproximóse la reina á su amiga la condesa, cuya inmovilidad continuaba durante toda esta escena.

No sucedia, empero, lo mismo en el resto de la asamblea. Electrizados los oficiales con la buena acogida otorgada por su soberana al jóven teniente, exageraban á porfía el entusiasmo por la causa real; en cada grupo se oían expresiones de heroísmo, capaces de domeñar á la Francia entera.

Excusado es decir, que María Antonieta se aprovechó de aquella predisposicion que secundaba evidentemente su secreto pensamiento.

La reina preferia la lucha á la resignacion; mas queria morir que ceder. Así fué, que al llegar las primeras noticias de París, se decidió por una resistencia obstinada á aquel espíritu de rebelion que amenazaba absorber en sí todas las prerogativas de la sociedad francesa.

Si hay una fuerza ciega en el mundo, una fuerza insensata, es sin duda la de los números y las esperanzas.

Un número, tras del cual se agrupan los ceros, escede en breve á todos los recursos del universo.

Lo propio sucede con los anhelos de un conspirador ó un déspota; sobre entusiasmos que ya de por sí se fundan en imperceptibles esperanzas, álzase el armazon de gigantesco pensamientos, disipados por un soplo, con mas rapidez que emplearon en hincharse y condensar su niebla.

Sobre aquellas pocas palabras que pronunció el baron

de Charny en medio del *hurrah* entusiasta de los cortesanos, levantóse María Antonieta hasta el punto de verse en perspectiva á la cabeza de un poderoso ejército, y oyó rodar sus cañones inofensivos, y se gozó en el espanto que habian inspirar á los parisienses, como en una victoria decisiva.

Los hombres y mugeres que la rodeaban, ébrios de juventud, de amor y de confianza, hacian la enumeracion de aquellos brillantes húsares, de aquellos pesados dragones, suizos terribles y broncos artilleros, y se reian de las picas engastadas en un leño sin pulimento, no comprendiendo que sobre tan ruines armas, habian de izarse las cabezas mas nobles de Francia.

— Yo, murmuró la princesa de Lamballe, tengo mas miedo á una pica que á un fusil.

— Porque es cosa mas fea, querida Teresa, la respondió la reina riéndose. Pero no te asustes. No valen nuestros lanceros parisienses lo que los famosos suizos de Morat, y á estas fechas, los suizos mismos han trocado sus picas por excelentes mosquetes, que á Dios gracias dan muy bien en el blanco.

— ¡Oh! de eso respondo yo, dijo Mr. de Bezenval.

Nuevamente miró la reina á Mad. de Polignac para cerciorarse de que estaba ya completamente tranquila, pero en vano: la condesa se mostraba mas pálida y trémula que nunca.

Inútilmente pretendió la reina, cuya estremada ternura, renunciaba muchas veces á la dignidad real en favor de su amiga, que le presentase esta una fisonomia mas risueña.

La jóven condesa conservó su lóbrego aspecto, cual si la preocuparan los mas dolorosos pensamientos.

Esto, sin embargo, no ejerció en la reunion mas influencia que la de entristecer á la reina. Entre los jóvenes oficiales conservábase el entusiasmo en el mismo diapason, y todos formaban su plan de batalla fuera del círculo donde los principales gefes tenian encerrado á su camarada Mr. el conde de Charny.

El medio de aquella febril animacion, se presentó en la

estancia el rey, sin ugieres, sin acompañamiento y con el semblante risueño.

María Antonieta salió á su encuentro, poseida de las mismas ardorosas emociones que habia tenido la habilidad de suscitar en su derredor.

Terminaron las conversaciones con la aparicion del monarca; todo era silencio en la régia estancia; todos aguardaban una palabra soberana de esas que electrizan y subyugan.

Sabido es, que cuando los vapores están suficientemente cargados de electricidad, el menor choque determina la chispa.

Para los cortesanos, el rey y la reina, que marchaban uno hácia otro, simbolizaban las dos potencias eléctricas á cuyo encuentro debia producirse el rayo.

Atentos y trémulos, disponíanse todas á aspirar las primeras palabras que saliesen de aquellos augustos labios.

— Señora, dijo Luis XVI; en medio de esta barahunda, se les ha olvidado darme de cenar en mi cámara; mandad, si os place, que me sirvan aquí.

— ¡Aquí! exclamó la reina estupefacta.

— ¿Hay algun inconveniente?

— Señor.

— Advierto que estábais conversando. No importa. Mientras que cene terciaré en la conversacion.

Al oír la palabra *cena* no hubo entusiasmo que no se helara. Pero la última frase del rey « mientras que cene terciaré en la conversacion » revelaba tanta impasibilidad, que la misma reina llegó á sospechar si provendria de un inesperado heroísmo.

Tal vez querria el monarca acallar con su ejemplo todos los terrores propios de aquellas circunstancias.

¡Oh, sí! la hija de María Teresa no podia creer que el hijo de San Luis, continuara sujeto en semejantes momentos, á las necesidades materiales de la vida ordinaria.

Se engañaba María Antonieta. La verdad del caso, la única verdad, era que el rey tenia hambre.

CAPITULO XXVI

En el que se refieren algunos pormenores ocurridos durante la cena del rey en 14 de julio de 1789.

María Antonieta dispuso que se sirviese al rey la cena en una mesita, en el mismo gabinete de la reina.

Pero sucedió todo lo contrario de lo que ésta esperaba. Luis XVI mandó guardar silencio con el solo objeto de que no le distrajesen en su cena.

Mientras que María Antonieta se esforzaba en reanimar el entusiasmo, el rey devoraba.

Los oficiales no hallaron aquella escena gastronómica digna de un descendiente de San Luis, y formaron varios grupos, cuyas intenciones no eran tan respetuosas como las circunstancias exigian.

La reina estaba sofocada; su impaciencia se manifestaba en todos sus movimientos, su naturaleza nerviosa y aristocrática no podia comprender semejante dominacion de la materia sobre el espíritu, y se aproximó al rey para atraer hácia la mesa á los que se retiraban de ella.

— Señor, le dijo, ¿no teneis algunas órdenes que dar?

— ¡Ah! ¡ah! contestó el rey con la boca llena; algunas órdenes? Veamos, señora, sereis en este momento difícil, nuestra Egeria.

— Señor, dijo la reina; Numa era un rey pacífico, y hoy la que se necesita, segun creen todos, es un rey belicoso: por consiguiente, si V. M. ha de imitar la antigüedad, de no ser Tarquino, es preciso que sea Romulo.

El rey se sonrió con la tranquilidad de la inocencia.

— ¿Y estos señores son tambien tan guerreros? preguntó.

Y se dirigió hácia el grupo de oficiales, y su semblante, animado por el calor de la comida, parseja á los que le miraban reanimado por el valor.

— Si señor, dijeron todos con vehemencia; la guerra, nosotros queremos la guerra.

— Señores, señores, interrumpió el rey; me alegro de ver que en cualquiera ocasion puedo contar con vosotros. Pero yo tengo un consejo y un estómago; el primero me aconsejará lo que debo hacer; y el segundo lo que estoy verificando.

Y se echó á reir, alargando al oficial que le servia su plato lleno de huesos, para tomar otro. Un murmullo de estupor y de cólera se oyó entre aquellos caballeros, que á una sola señal del rey hubieran derramado toda su sangre.

La reina se volvió á un lado colérica.

El principe de Lambesc se aproximó á ella.

— Señora, le dijo, S. M. piensa sin duda como yo, que es mejor esperar. La prudencia es una virtud, aun cuando no sea desgraciadamente la que mas resplandezca en mí, y de ella se necesita mucho en los tiempos en que vivimos.

— Sí señor, sí señor; es una virtud, dijo la reina mordiéndose los labios; y triste como la muerte, se arrimó á la chimenea con los ojos anegados en llanto y el alma llena de desesperacion.

La situacion del rey y de la reina, llamó la atencion de todos. La reina podia á duras penas contener sus lágrimas, y el rey siguió cenando con ese apetito proverbial en los Borbones.

Poco á poco se fué desocupando la sala. Los grupos se fueron aclarando, como la nieve se derrite á los rayos del sol.

La reina, viendo desaparecer aquel grupo belicoso con quien habia contado, y en el que se encerraban todas sus esperanzas, sintió que se disipaba todo su poder, así como en otro tiempo el soplo del Señor dispersó aquellos numerosos ejércitos de asirios y amalecitas.

Salió de este estupor por la dulce voz de la condesa Julia, que se acercó á ella con su cuñada Diana de Polignac.

Al sonido de esta voz, volvió al semblante de la reina la alegría acostumbrada. En el corazon de esta muger orgullosa, una amiga sincera valia mas de diez reinos.

— ¿Eres tú? murmuró á la condesa Julia. ¿Con que me queda una amiga?

Y sus lágrimas, reprimidas por mucho tiempo, corrieron por sus megillas; pero en vez de ser lágrimas de amargura, eran de gozo; y en vez de afligirla, desahogaban su corazon.

Hubo un momento de silencio, y la reina continuó abrazada con la condesa.

La duquesa fué la primera que rompió el silencio.

— Señora, dijo con una timidez que casi rayaba en rubor; no creo que V. M. deseche el proyecto que voy á presentarla.

— ¿Qué proyecto? preguntó la reina con atencion. Hablad, duquesa, hablad.

Y apresurándose á escuchar á la duquesa Diana, se apoyó sobre el hombro de su favorita la condesa.

— Señora, continuó la condesa, el proyecto que voy á presentar á V. M. procede de una persona, cuya autoridad no podrá ser sospechosa á V. M.; proviene de S. A. R. Mad. Adelaida, tia del rey.

— ¡Qué de preámbulos, querida duquesa! dijo alegremente la reina; al hecho.

— Señora, las circunstancias son muy dificiles. Se ha exagerado demasiado el favor que nuestra familia goza cerca de V. M. La calumnia, mancha la augusta amistad que os dignais concedernos, en cambio de nuestra respetuosa adhesion.

— Y bien, duquesa, dijo la reina que comenzaba á alarmarse, ¿es que creéis que no soy demasiado valiente? ¿pensais que no he sostenido con valor mis amistades á pesar de la opinion, á pesar de la córte, á pesar del pueblo, y á pesar del rey mismo?

— ¡Oh, señora, al contrario! V. M. ha sostenido tan noblemente sus amigos, que ha espuesto su pecho á todos los golpes, de manera que hoy que el peligro es grande, terrible, esos amigos, tan heroicamente defendidos por V. M., serian cobardes y malos servidores, si no hicieran otro tanto por su reina.

— ¡Ah, bien, magnífico! exclamó María Antonieta con entusiasmo, abrazando la condesa y apretando la mano á Mad. de Polignac.

Pero las dos palidieron en vez de levantar la cabeza con arrogancia ante aquella caricia de su soberana.

Mad. Julia de Polignac hizo un movimiento para desprenderse de los brazos de la reina; pero ésta la detuvo á su pesar, estrechandola contra su corazón.

— V. M., sin duda, balbuceó Mad. de Polignac, no comprende lo que tenemos el honor de anunciarla, para detener los golpes que amenazan vuestro trono, vuestra persona, á consecuencia quizá de la amistad con que nos honra. Hay un medio doloroso, un sacrificio amargo á nuestros corazones, pero que debemos sufrir, puesto que la necesidad nos impele á ello.

A estas palabras palideció la reina á su vez, porque bajo aquel exordio y bajo aquella tímida reserva, no veía á la amistad valiente y fiel, sino al miedo.

— Sepamos, dijo, hablad, duquesa: ¿cual es ese sacrificio?

— ¡Oh! el sacrificio es únicamente para nosotros, respondió la duquesa. Somos aborrecidos en Francia, Dios sabrá por qué. Separándonos del lado de vuestro trono, le volveremos todo su esplendor, el amor de un pueblo, amor estinguído ó interceptado por nuestra presencia.

— ¡Alejaros! exclamó la reina. ¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha pedido semejante cosa?

Y miró con atención á la condesa Julia, que bajó los ojos.

— Yo no, señora, dijo la condesa; yo, por el contrario, quiero quedarme.

Pero el tono con que fueron pronunciadas estas palabras, indicaba que pedía que se la mandase marchar.

¡Oh! santa amistad! ¡vinculo que puede hacer que el corazón de una reina este indisolublemente unido al de una servidora suya! ¡Oh! ¡santa amistad, que inspiras mas heroísmo que el amor y la ambición, esas dos enfermedades del corazón humano! Aquella reina rompió de un golpe

el altar que habia levantado en su pecho; y no necesitó mas que una mirada para comprender lo que no habia comprendido en diez años, frialdad, cálculo, excusables tal vez; pero, ¿qué puede haber que legitime el abandono, á los ojos de una persona que continúa amando á pesar de dejar de ser amada?

María Antonieta no manifestó su dolor mas que en la glacial mirada que echó á su amiga.

— ¡Ah, duquesa Diana! ¿es este vuestro proyecto? preguntó con dolor, poniendo la mano sobre su pecho.

— Sí, señora, repuso ésta; pero no soy yo quien le elige, ni mi voluntad es quien le dicta. El destino es el que le ordena.

— Sí, duquesa, dijo María Antonieta.

Y dirigiéndose á la condesa Julia, la preguntó:

— ¿Y vos, condesa, qué decis?

La condesa solo respondió con lágrimas abrasadoras como un remordimiento; pero toda su fuerza se habia estinguído en el esfuerzo que habia estado haciendo.

— Bien, dijo la reina; me es muy grato el conocer cuán querida soy. Gracias, condesa, aquí correis peligro; la ira del pueblo no conoce freno, teneis razon. El pedir que os quedáseis seria un sacrificio que no quiero imponeros.

La condesa Julia levantó sus hermosos ojos y miró á la reina; pero la reina en vez de leer en ellos el fuego de la amistad, solo vió la debilidad de la muger.

— Con que duquesa, replicó la reina; ¿estais decidida á partir?

— Sí, señora.

— ¿Sin duda para alguna de vuestras posesiones, lejos... muy lejos?...

— Señora, en caso de marchar, tan doloroso es separarse cincuenta leguas como ciento cincuenta.

— Entónces, ¿ireis al extranjero?

— Tal vez, señora.

Un suspiro destrozó el corazón de la reina, pero no salió de sus labios.

— ¿A dónde vais?

— A las orillas del Rhin, señora.

— Bien hecho, porque hablais el alemán, condesa; d'ijo la reina con una sonrisa de indefinible tristeza; y yo os lo he enseñado. Estoy contenta de que la amistad de vuestra reina os haya servido de algo.

Y volviéndose hácia la condesa Julia, añadió:

— No quiero separaros, mi querida condesa; querriais quedaros y aprecio este deseo; pero yo temo por vos, quiero que partais, os lo mando.

Y al pronunciar estas palabras, se detuvo por la emocion que sentia, y que no pudo contener á pesar de su heroismo: pero la voz del rey, que no habia tomado parte en nada de lo que acabamos de contar, la llamó la atencion.

S. M. estaba aun en los postres.

— Señora, dijo el rey; ¿hay alguien todavía?

— Pero señor, exclamó la reina, prescindiendo de todo otro sentimiento que no fuese el de la dignidad real. V. M. tiene que dictar órdenes, y ya no han quedado aquí mas que tres personas; pero precisamente son las que os hacen falta; Mr. de Lambesc, Mr. de Bezenval y Mr. de Broglie; disponed lo que querais.

El rey miró con timidez.

— Qué pensais de estas cosas, Mr. de Broglie, dijo.

— Señor, respondió el antiguo mariscal, si retirais vuestro ejército de París, se dirá que los parisienses le han derrotado, y si le dejais en París, es preciso que derrote á los parisienses.

— Bien, dijo la reina apretando la mano al mariscal.

— Bien dicho, dijo Mr. de Bezenval.

El príncipe de Lambesc se contentó con menear la cabeza.

— Y bien, ¿qué haremos? dijo el rey.

— Mandad: resolucion, dijo el antiguo mariscal.

— Sí, resolucion, exclamó la reina.

— Ya que todos quereis lo mismo, resolucion, dijo el rey.

En este momento la reina recibió un billete que decia lo siguiente:

« Por Dios, señora, que no haya precipitacion; espero una audiencia de V. M. »

— ¡ Su letra! murmuró la reina.

Y volviéndose,

— ¿Está Mr. de Charny en mi habitacion? preguntó.

— Ha llegado cubierto de polvo, y yo creo que aun de sangre, respondió la confidente.

— Espéradme un momento, dijo la reina á Mr. de Bezenval y á Mr. de Broglie.

Y marchó á su habitacion con mucha prisa.

El rey ni tan siquiera levantó la cabeza.

CAPITULO XXVII.

Oliverio de Charny.

La reina se dirigió á su gabinete-tocador, y encontró en él al autor de la carta que acababa de entregarle su camarera.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, de elevada talla, y de un semblante, en el cual se veian señales inequívocas de fuerza y de resolucion. Sus ojos de un azul oscuro, vivos y penetrantes como los del águila, daban á su fisonomía un carácter marcial, que adquiria mayor realce, merced á la elegancia con que vestia el uniforme de brigadier de guardias de corps.

Sus manos se estremecian nerviosamente bajo unas guarniciones de batista usadas y rotas.

Su espada, cuya hoja parecia estar torcida, no encajaba bien dentro de la vaina.

Cuando la reina entró en su tocador, el personaje indicado antes, estaba paseándose precipitadamente, y á guisa de hombre preocupado con mil pensamientos de fiebre y agitacion.

— ¡ Señor de Charny! exclamó la reina dirigiéndose hácia donde se hallaba el caballero; ¿cómo es que os encuentro en palacio?